



# PRIMERA

**L**A primera cita de Edward Heath con el poder está emplazada para el día 31 de este mes de marzo. Todo hace suponer que será una cita fallida, que los laboristas ampliarán su base parlamentaria, que los conservadores se reintegrarán a la oposición y que Edward Heath volverá a ser un fantasma: esto es, el supuesto primer ministro del «gobierno fantasma» («shadow cabinet»). No es poca cosa. Gran Bretaña paga un sueldo al jefe de la oposición. Lo importante no es la cuantía del sueldo, sino el reconocimiento oficial de la importancia, del peso de la oposición en la vida del país; el establecimiento de la noción de que asistir a la lucha política desde el banco opuesto al del Gobierno es también gobernar y participar en la vida pública. Pero la distancia hasta el poder es enorme. El poder —aunque sea democrático, moderado por la oposición, templado por la prensa, sometido a la opinión pública— es la única meta posible para un político profesional, y Edward Heath lo es. Los pronósticos son en estos momentos desfavorables para su partido; Edward Heath se limita a no creerlos, por lo menos en público. Si los cree en privado, para sí mismo, sabe en cambio que estas elecciones son un escalón necesario para otras futuras, en las cuales el partido conservador tendrá que ocupar de nuevo su turno de poder, que perdió en 1964, después de trece años de gobierno —los gobiernos de Eden, MacMillan y Douglas-Home—; la cuestión principal para él es seguir siendo «leader» conservador cuando llegue la ocasión definitiva. Es decir, que para Edward Heath el problema que se plantea no es solamente el de enfrentarse con los laboristas; incluso puede decirse que, tal como están las cosas, éste es un asunto secundario. La cuestión está en poder no ganar las elecciones y conseguir al mismo tiempo el suficiente éxito —lo que los franceses llaman «un succès d'estime»— para que su partido siga confiando en él. Después de todo, como se ha dicho ya en estas mismas páginas, un fracaso fue el que lanzó a Edward Heath a la popularidad: su fracaso en Bruselas al no conseguir el ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común. Solamente el veto del General de Gaulle —1963— le impidió conseguir su objetivo. Los ingleses son lo suficientemente deportivos como para reconocer al verdadero campeón aun cuando no consiga llegar a la meta, y la forma en que Heath condujo las negociaciones le ganó ese reconocimiento. La verdadera talla de un político profesional, en suma, se reconoce en la capacidad de sacar partido de sus fracasos.

No fue, de todas formas, esa fama tan raramente adquirida la que movió al partido conservador a elegirle su jefe, desdiciendo a Reginald Maud-



# el 31 ,elecciones generales británicas

## CITA DE HEATH CON EL PODER

ling, sino otra paradoja: el aspecto, la apariencia de hombre de izquierda que ofrece Heath, lo cual parece en nuestros tiempos una condición necesaria —véase Italia, véase Francia— para dirigir un partido tradicionalmente de derechas. Desde hace unos años —desde la coexistencia, desde el diálogo Kennedy-Kruschev, y a pesar de la frustración de ese diálogo— hay en todo el mundo occidental una marcada tendencia de la opinión pública hacia la izquierda (o hacia tópicos de la izquierda) y los partidos y los gobiernos más conservadores, más cerrados —para no perder la fuerza hacia arriba de esa corriente— la piel de cordero de tales tópicos: pro-

ocupaciones sociales acentuadas, aumento de las libertades públicas, moderación en las relaciones internacionales, limitaciones de los monopolios...

El partido conservador británico encontró en Edward Heath la mejor posibilidad de reconversión hacia la izquierda. Churchill, Eden, Mac Millan, Douglas-Home, habían agotado en los últimos gobiernos laboristas las posibilidades de las clases superiores, de los antiguos alumnos de Eton y Harrow, de los socios de clubs de golf, de las enormes fortunas, de las familias conocidas, de los elegantes vestidos con chaqueta de «tweeds», de la nobleza, para suministrar dirigentes al partido conservador. Heath ofrece en

**Por JUAN ALDEBARAN**

ese aspecto un pasado interesante. Una escuela comunal en su infancia, una beca de estudios en Oxford y una afiliación temprana —de estudiante— al partido liberal; que eligió cuidadosamente después de rechazar al laborismo porque le parecía «demasiado frívolo». Su padre era contratista modesto, después de haber trabajado como carpintero; su madre era hija de un jardinero. Cuando se pasó al conservadurismo, llevaba encima una cierta etiqueta de izquierda, y con esta mezcla hizo una pe- **SIGUE**



El 31 de este mes se celebrarán las elecciones generales británicas. Edward Heath, jefe de los conservadores, se juega mucho en ellas. Lo más probable es que el partido de los «torios» sea derrotado por los laboristas. En la fotografía de arriba, Heath dirigiendo un concierto de villancicos en la ciudad de Broadstaire.





¡Claro!..  
Fumo  
Marlboro



Porque sé lo que quiero. Con MARLBORO tengo asegurados veinte momentos de placer al día, veinte oportunidades de comprobar que MARLBORO es el cigarrillo con filtro que sabe a buen tabaco, veinte razones para felicitarme por saber escoger. MARLBORO, provisto del filtro "Selectrate" conserva el sabor aromático que solamente encuentro en esta mezcla de los mejores tabacos de Virginia. Fume MARLBORO el cigarrillo americano con filtro de mayor venta en Europa.

# Marlboro

Con la garantía de calidad  
de PHILIP MORRIS INC.



queña carrera política entre los estudiantes de Oxford, con un grupo de los cuales hizo un viaje a Cataluña durante la guerra de España, invitado por el gobierno de la República. Oxford le dio dos títulos: el de licenciado en ciencias económicas y el de profesor de órgano —la música es, tras la política, su pasión mayor, y uno de sus temas esenciales de conversación—. La guerra le convirtió en teniente coronel —de artillería—, pero en cuanto terminó regresó a la vida civil para dedicarse enteramente a la política. Uno de los rasgos de izquierdismo y modernismo que le achacan los ingleses: cuando fue director del periódico «Church Times» cambió las letras góticas del título e introdujo la costumbre de publicar algunas noticias en la primera página, tradicionalmente reservada para los anuncios... Entró en los Comunes en 1950; su éxito fue fulgurante, y en 1951 se ponía al servicio del gobierno de Churchill —de esa época le queda un recuerdo para él de extraordinario valor: dos cuadros pintados por Churchill, que él mismo le regaló—. Uno de sus grandes éxitos fue el de actuar como moderador, entre su partido y la oposición, durante la famosa crisis del Canal de Suez, que llevó a Gran Bretaña a un principio de guerra con Egipto. Heath actuaba en la cámara defendiendo a su partido en una política que él mismo no aprobaba, pero en las reuniones internas le estaba a abandonar un combate que no tenía salida militar ni política posible. Se dijo entonces de él que había increpado a los partidarios de continuar la guerra llamándoles «fascistas»; cuando alguien le preguntó si era cierto, él respondió: «No es totalmente exacto: les he llamado sangrientos fascistas». El hecho fue que Eden —promotor de la aventura— perdió su cargo de primer ministro, pero el partido siguió en el poder sin necesidad de convocar elecciones generales; y que cuando MacMillan sucedió a Eden convirtió a Heath en su ministro de Trabajo. Un puesto que para la mentalidad de un conservador conviene perfectamente a un joven con tendencias brevemente izquierdistas... Más tarde pasó a ser el segundo personaje del Ministerio de Asuntos Exteriores —ministro, lord Home, que más tarde perdería su título para poder entrar en la Cámara de los Comunes con el nombre de sir Alec Douglas-Home y ser primer ministro—; y fue en el desempeño de ese puesto cuando fue a Bruselas para defender el ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común. Cuando Home llegó al poder le dio un extraño y largo cargo: secretario de Estado para la Industria, el Comercio y el Desarrollo Regional, y presidente de la Cámara de Comercio. Fue quizá el momento más difícil de su carrera. Heath decidió abolir los límites mínimos en la venta de artículos al por menor, con lo cual rompía un equilibrio que era favorable a los pequeños comerciantes para favorecer, en cambio, a los grandes almacenes y a los centros comerciales, que tenían más posibilidad por su organización de vender los artículos a precios inferiores. El relativo abaratamiento de la vida que consiguió así hizo olvidar pronto la furia de los comerciantes afectados.

Cuando el gobierno laborista cayó en 1964 y sir Alec abandonó la presidencia del partido conservador, Edward Heath consiguió el éxito hasta entonces más importante de su vida: la elección para el cargo por el pleno del partido, venciendo así a Reginal Maudling, que había sido canciller del «Exchequer». Tuvo que vencer para ello una última y curiosa resistencia, consistente en su calidad de soltero. Más bien de solterón —Heath cumple este año los cincuenta—, que parece ser algo mal visto. De primera intención parece extraño que el hecho de estar soltero pueda suponer una menor capacidad



Heath lo mismo canta un villancico que dirige una lancha. Aquí aparece durante sus vacaciones últimas.

para dirigir su partido o gobernar su país; pero en Gran Bretaña las cosas ocurren así. Un solterón parece un hombre asocial, frío, lejano... En el mismo día en que las elecciones del partido debían celebrarse, Heath hizo difundir una curiosa fotografía en la que se le veía de «pic-nic» con sus padres, su hermana y sus sobrinas Penélope y Amanda. Nadie se explica bien todavía cómo en el lugar aislado y «casual» que habían elegido para acampar había una nube de fotógrafos; y menos aún cómo era posible comer al aire libre en un helado día de noviembre, y hasta jugar al balón en la playa. La política tiene ciertos misterios. Pero el hecho es que la publicación de las fotografías devolvió al país la imagen de un hombre familiar y afectivo, y que ese mismo día el partido le eligió presidente, para romper la corriente de los dirigentes aristocráticos y ponerse a la moda de los tiempos...

De todo lo dicho sería erróneo obtener la consecuencia de que Heath es un revolucionario, ni siquiera un hombre inclinado hacia los extremos. Basta con visitarle en su elegante piso de Albany —decorado por una mujer, una especialista en decoraciones de interiores; precisamente una mujer, para que haya ciertos toques de los que habitualmente se consideran como femeninos, capaces de suavizar el hogar de un solterón—, basta verle encargar un delicado almuerzo en un restaurante de moda —en Bruselas se le veía siempre en un lugar gastronómico, el «Comme Chez Soi», cuyo patrón le envió un telegrama el día que fue elegido «leader» conservador— o escucharle tocar dulcemente Haendel al órgano para comprender que nada hay más lejano que Heath del tipo de izquierdista al estilo latino. O al estilo de cualquier país del mundo. Hay que comprender bien la relatividad de los conceptos; Heath pertenece, simplemente, al sector de izquierda del partido conservador de Gran Bretaña, que es un partido de derechas. Lo que representa, en realidad, es la clase media, la burguesía acomodada.

Lo más curioso es que el primer ministro laborista, Wilson, con el que se enfrenta Heath en estas elecciones, representa un mismo sector. El punto más divertido de esta curiosa lucha electoral es que Wilson está a la derecha de un partido de izquierda, y Heath a la izquierda de un partido de derecha, de forma que más o menos vienen a encontrarse a la mitad de camino, a tener una clientela parecida. El crecimiento de la clase media en Gran Bretaña es patente, como el de otras clases medias de la Europa occidental. En Gran Bretaña tiene un aspecto peculiar, como consecuencia del continuo descenso de privilegios por parte de la clase aristocrática, de la paulatina desaparición de los excesivamente ricos como resolución final de la pérdida del imperio; y, al mismo tiempo, por la creciente ampliación de nivel de vida de las clases hasta ahora menos favorecidas. Sería inexacto decir que en Gran Bretaña no hay pobres ni ricos; hay pobres muy pobres, hay ricos muy ricos. Los pobres tienden a votar a los laboristas, los ricos a los conservadores. Pero la gran masa de votantes, la masa de los indecisos, es la de la clase media. Es la que arbitra una elección, y es a ella a la que se dirige la propaganda electoral, los grandes carteles, las emisiones de radio y televisión. Por eso no es extraño que los dos partidos, desplazando a sus «leaders» el uno hacia la izquierda, el otro hacia la derecha, quieran ganar esa misma clientela. El resultado de las elecciones anteriores es esclarecedor: una breve, una muy escasa diferencia, separó a los dos partidos, como consecuencia de la indecisión de esa clase arbitral. Wilson cree que ahora, con quinientos días de poder tras de él, podrá ampliar su base electoral, y superar la desfalleciente mayoría de tres diputados que le habían dado las elecciones anteriores. La mayoría de los observadores están de acuerdo en que así suceda. Pero en unas elecciones siempre rabe —aunque cada vez menos— una sorpresa.